

Leg 14 Legajo 1º

no 29

CARTA PASTORAL

QUE EL ILMO. SEÑOR

1090

DR. D. JOSÉ DOMINGO COSTA Y BORRÁS,

OBISPO QUE FUÉ DE LÉRIDA Y BARCELONA Y ARZOBISPO DE TARRAGONA,

PUBLICÓ

AL ENTRAR EN LA PRIMERA DIÓCESIS,

Y QUE CON IGUAL MOTIVO REPRODUCE

EL NUEVO OBISPO DE LA MISMA.



VALLADOLID

IMP. Y LIB. DE LA VIUDA DE CUESTA É HIJOS,
CANTARRANAS, 38 Y 40.

1890

UVA. BHSC. LEG 14-1 n°1090

UVA. BHSC. LEG 14-1 n°1090





Dios quiere que baje al sepulcro, hacia
el que en vano se me empuja con frenético
empeño, dejando un nombre immaculado.

*El Pímo. Prelado de Barcelona, en su
protesta de 19 de Mayo de 1856, al Sr.
Arias Uria, Ministro de F. y J. contra los
atropellos de que era victima.*

Don Dom^o Arzob^o de Ferray

CARTA PASTORAL

QUE EL ILMO. SEÑOR

DR. D. JOSÉ DOMINGO COSTA Y BORRÁS,

OBISPO QUE FUÉ DE LÉRIDA Y BARCELONA Y ARZOBISPO DE TARRAGONA,

PUBLICÓ

AL ENTRAR EN LA PRIMERA DIÓCESIS,

Y QUE CON IGUAL MOTIVO REPRODUCE

EL NUEVO OBISPO DE LA MISMA.



VALLADOLID

IMP. Y LIB. DE LA VIUDA DE CUESTA É HIJOS,
CANTARRANAS, 38 Y 40.

1890

HTCA

U/Bc LEG 14-1 nº1090

UVA. BMSO. LEG 14-1 nº1090



1>0 0 0 0 5 5 9 0 9 8

UVA. BHSC. LEG 14-1 n°1090

EL OBISPO DE LÉRIDA

AL CLERO Y FIELES DE LA DIÓCESIS.

Gratia autem Dei sum id, quod sum.

I. COR. XV. 10.

Mas por la gracia de Dios, soy aquello que soy.

I. COR. XV. 10.

LA divina Providencia, cuyos designios son inescrutables, ha dispuesto V. H. y A. H. que fuese elevado á la dignidad episcopal, el que tiene la honra de dirigirse á vosotros por vez primera.

Nada hacía presagiar cambio alguno en los dignísimos Prelados que ocupaban las Sedes episcopales de la Provincia eclesiástica Tarraconense, pero habiendo fallecido el venerable Metropolitano, fué designado para sucederle el que era vuestro celoso Pastor y amantísimo Padre. Y para esta silla ha sido preconizado en 30 de Diciembre del pasado año, este pequeño sacerdote, por la gracia de Dios y de la Santa sede Apostólica, mediante la presentacion del Real Patronato.

Es natural que al ponerme en comunicacion con vosotros, tengais deseo de saber quién soy, de dónde vengo y qué planes ó proyectos traigo. Os lo diré sencillamente: soy el último de los ministros del Santuario, soy, diré con Santa Teresa, hijo de la Iglesia á quien lo debo todo, y á cuyo servicio me he consagrado durante mi vida habiendo desempeñado mi ministerio no con mis fuerzas sino con la gracia de Dios, por esto al comenzar á hablaros brota naturalmente de mis labios la famosa sentencia del Apóstol: *gratia autem Dei sum id, quod sum*, por la gracia de Dios, soy lo que soy.

Vengo de la casa del Padre celestial, ansío volver á ella al fin de mis dias y entretanto humilde peregrino en este valle de lágrimas, no quiero apartar de ella la vista porque me son amables los tabernáculos del Dios de las virtudes, y mi alma sueña en ellos y desfallece de ternura en los atrios del Señor.

Por esto al verme sorprendido con el acontecimiento más inesperado de mi vida, al oír que la autoridad para mí más respetable me asegura que esta es la voluntad de Dios y que no debo resistirla, me entrego en manos de su amorosa Providencia y desconfiando absolutamente de mí mismo, leo en el fondo de mi alma escrita con caracteres de fuego esta incomparable sentencia del Apóstol: *gratia autem Dei sum id, quod sum*.

¿Queréis saber ahora cuáles son mis planes? Alcanzar la gracia de salvar mi alma en union con todas las vuestras, para lo que proyecto quitar en cuanto esté de mi parte los impedimentos que á ello se opongan, y plantear los medios más adecuados orando y trabajando como buen soldado de Cristo Jesus.

Ahí teneis lo que lleva en su mente y en su corazon el Obispo de la Diócesis. Fijaos en sus palabras, porque no quiere ser un Obispo nuevo, esto es, amante de la novedad en sus obras, en su modo de ser ni en sus proyectos. Es meramente un nuevo Obispo, sucesor aunque indigno, de Prelados ilustres que tanto en el presente como en anteriores siglos, han llenado de asombro á nuestra Iglesia y á los sábios nacionales y extranjeros aspirando á ser el instrumento de Dios para vuestra santificacion en esta vida á fin de alcanzar la salvacion en la otra. A ello le obligan no solo el cumplimiento de su ministerio Pastoral, sino otros poderosos motivos que se permite indicar.

Hace cuarenta años era humilde súbdito en esta Diócesis, y como por su edad y circunstancias necesitaba cuidados maternales, esta santa Iglesia se los prodigó en la persona del que entonces era dignísimo Prelado de ella el Excmo. é Ilmo. Sr. Doctor D. José Domingo Costa y Borrás, de imperecedera memoria, a quien es deudor de toda gratitud, por haberse dignado tenerle en su compañía para educarle en esta misma casa desde donde se os envía la presente carta. Aquí procuró insinuarle el santo temor de Dios cuidando más de que conociese su ley santa, que los estrechos vínculos de parentesco que á él le unían.

No se borrarán jamás las hondas impresiones de los favores primeros que la bondad de Dios me concedió aquí en el principio de mi vida, todo aquello con la serie de sucesos enteramente providenciales que se han seguido es obra de la gracia, por esto no me cansaré de repetir la gran sentencia del Apóstol: *gratia autem Dei sum id, quod sum.*

Y como no puedo presentarme ante vosotros V. H. y A. H. con la autoridad que dan el saber y las virtudes, os transcribo la «primera carta Pastoral» (1) que aquel amadísimo Padre vuestro y mio dirigió al clero y fieles de esta su diócesis al hallarse en las mismas circunstancias en que me encuentro. En sus páginas dignas de escribirse en letras de oro, vereis lo que el mundo debe al catolicismo, el prodigioso cambio que la gracia de Dios obró en la sociedad y las consideraciones que se desprenden aplicadas con el mayor tino á la época presente.

Hé aquí el texto literal de esta erudita carta.

(1) Lérida, imprenta de Corominas 1848.



NOS DR. D. JOSÉ DOMINGO COSTA Y BORRÁS,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE
APOSTÓLICA, OBISPO DE LÉRIDA, DEL CONSEJO
DE S. M., ETC., ETC.

Al venerable Dean y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia, á los Párrocos y demás Eclesiásticos y á todos los fieles de esta Diócesis salud en nuestro Señor Jesucristo.

EL Apostol S. Pablo escribiendo á los Corinthios les previene que todo lo que hagan sea para gloria de Dios. Esta máxima sublime emitida con una sencillez que encanta, si se practica como debe, eleva al hombre sobre su esfera, y le remonta con suave vuelo hacia la perfeccion. El cristiano cree firmemente que su gran Dios es principio y fin de todas las cosas, que en él vive, se mueve y existe, por cuyos poderosos motivos nada estima más justo que emprenderlas todas en nombre del Señor y para su mayor gloria. Tal ha sido el anhelo constante de los Santos, y en todas sus acciones, escritos y palabras rebosa por do quiera tan elevado sentimiento. Con arreglo á esta sublime economía yo tengo hoy un deber muy sagrado que llenar, cual es el del ejemplo, persuasion la más eficaz y que por tantos titulos podeis de mí exigir. Yo voy á principiar mi augusto ministerio, y protesto ante Dios y vosotros todos, que me propongo hacerlo en el nombre del Señor y para su mayor gloria. Ciertamente

aunque no me apremiara á ello la instruccion del Santo Apóstol, la misma naturaleza del oficio reclama con urgencia que se coloque en un todo bajo los auspicios Divinos, y nada se funcione en él sino para la gloria de Dios. En verdad siendo como es el Obispo un delegado del Cielo, un agente solícito de sus más caros intereses nada tan justo y natural, como el que ante todo, y para todo cuente con él, y que postergando todo género de afecciones de mala ley, cumpla su mision al tenor de las instrucciones y mandatos de su amo y Señor Jesucristo. De esta suerte al presentar este Celestial medianero al Dios Padre la conducta y operaciones del Obispo, podrá hacerlo como si fueran suyas, que es á lo que debe constantemente aspirar el Prelado, porque esto forma su mayor blason y gloria. Tal es el solemne empeño que contrae el Obispo con Dios y con los hombres, y al reflexionarlo, yo me estremezco y me siento poseido de un respeto pavoroso. Porque ¿quién puede estar sin él, al meditar la tremenda responsabilidad que pesa sobre sí, desde que se le ha encomendado la suerte de tantas almas? Y sube de punto mi confusion considerando la que se apoderó aun de los mayores amigos de Dios y más fieles dispensadores de sus misterios. Al verles tan zozobrosos é inquietos por su elevacion al Pontificado, no diríais sino que habían perdido la gracia de su Señor, ó que se colocaban en posicion muy resbaladiza y próxima á perderla. Y no era esto pusilanimidad suya, sino más bien una conviccion profunda de lo delicado de su oficio nacida del conocimiento de las Santas escrituras, y de los terribles conjuros de la Iglesia contra los Prelados, no diré reos de faltas graves, porque esto nada tendría de extraño, sino aun de aquellas que la fragilidad humana apenas puede evitar en tanto cúmulo de negocios. Por estos motivos fiando muy poco en los auxilios terrenos, y nada en sus propias fuerzas, todas sus miradas se fijaban en Jesucristo, Sacerdote eterno y Pontífice de las almas, como tambien en la Santísima Virgen, protectora especialísima de los Prelados, y por ellos esperaban merecer las gracias

necesarias para dar cima á su grande obra. Participando yo de estos temores y sentimientos como el más indigno de los Obispos, no puedo menos que implorar humildemente tales auxilios con los de los Santos Patronos de esta Iglesia. Tambien recuerdo en este acto las acendradas virtudes de varios predecesores míos y les ruego que en aquellas celestes moradas en donde gozan tan colmada recompensa, se interesen con el Dios de las misericordias para que las derrame aquí abundantes, á fin de que no se dilapide y pierda entre las manos de su más indigno sucesor, la preciosa herencia de la fè, que ellos adquirieron y acrecentaron á costa de tantos sudores y sacrificios. Asimismo considerándome deudor á todos de una solicitud verdaderamente pastoral, tambien espero la cooperacion y oraciones de todos, porque Dios nuestro Señor no desdeña ni desatiende las santas plegarias del pueblo fiel en favor de sus Prelados, antes bien sabemos y escrito está, que las deprecaciones de los súbditos son benignamente acogidas por la Divina clemencia, y muy poderosas para impetrar el acierto á los Superiores. De este modo concediéndome el Cielo las gracias necesarias podré ser todo para todos á fin de hacer la felicidad general ganándoos todos para Jesucristo. Esta es mi ambicion, tan noble, pura y desinteresada como cumple á un representante de aquel Dios, que despues de haber pasado por el mundo prodigando inmensos bienes, coronó la carrera derramando su preciosa sangre por el hombre. Para preparar vuestros ánimos é interesarlos vivamente en favor de la ley santa del Señor, yo voy á presentaros en bosquejo en esta primera carta «la situacion azarosa y deplorable del mundo moral antes de la venida de Jesucristo, cambio prodigioso y benéfico que ella obró, con las consideraciones que naturalmente se desprenden y son aplicables á nuestra época.» Así pienso satisfacer con preferencia una gran necesidad que hoy descubro. Los hombres se agitan en vano, cuando fiando demasiado en las luces sombrías de ese astro pálido que se llama razon, rehuyen y apartan los ojos de la

brillante lumbrera de la revelacion. Esto lejos de ser progreso, es un retroceso de diez y ocho siglos por lo menos, como se podrá colegir de las siguientes observaciones.

El acontecimiento que más descuella en los anales del mundo por su inmensa trascendencia es la institucion de la Iglesia de Jesucristo á la que por su infinita misericordia hemos sido llamados. Su vasto plan trazado en el Cielo para renovar la faz de la tierra, á medida que se fué desenvolviendo, produjo una feliz y asombrosa trasformacion tanto en el individuo y en la familia, como en la sociedad. Habían trascurrido más de cuatro mil años desde que el Omnipotente dando un soplo de vida á un puñado de barro presentó al primer hombre. Hecho á su imagen solo él sabe con cuánta profusion derramó su bondad, dones inestimables, sobre esta criatura del amor. Pero á poco trocada en mónstruo de ingratitude provoca las iras de su divino Hacedor. Un anatema el más terrible se lanza contra ella, hiriendo de lleno á su infeliz posteridad. Corren los tiempos y los hijos de Adán vuelan frenéticos en pos de sus brutales apetitos. La historia del hombre es la historia de todas las aberraciones y todas las miserias. Los Pueblos salvajes se gozan revolcándose en el inmundo lodazal de sus pasiones, y es inconcebible la degradacion de los cultos y civilizados. Es verdad que en ellos se profesan las ciencias, florecen las artes, aparecen filósofos y legisladores; pero en medio de todo esto descubre el ojo observador un vacío inmenso, tales pueblos en efecto no son más que sociedades sin espíritu, sin porvenir, sin Dios. Fijemos un momento la vista en uno de los más célebres. ¿No es verdad que se ponderan los tiempos llamados buenos de la Grecia? ¿No es cierto que aquella tierra es mirada como un faro luminoso cuyos brillantes rayos esclarecen al orbe? Pues bien. Ved como ellos mismos sirven grandemente para mostrarnos más de bulto sus funestos extravíos. Mientras la fama celebra sus progresos, aplaude sus leyes y pondera sus hechos gloriosos de armas, la naturaleza

se estremece y la moral se corre y avergüenza por sus atroces violaciones. Oid, oid dos palabras sobre Licurgo y sus Lacedemonios. Apenas nace el hombre cuando una sociedad desapiadada y sin entrañas le recibe en sus brazos fatídicos, para examinar si su físico es débil ó robusto, á fin de pronunciar un fallo de vida en este caso, ó de muerte en aquel, arrojando las más veces un tesoro á la huesa fatal. Crece el que se salva, y se educa en la escuela del crimen y de la liviandad, porque el robo y roce inmoral entre los dos sexos son allí como una razon de estado. La fidelidad conyugal se barrena y falsea de mil maneras sagaces, y el infame adulterio viene á recibir como una especie de sancion. Y todavía hay entre aquellas gentes, contaminadas con vicios nefandos, quien admira la austeridad de Licurgo! No menores escesos podíamos observar en Atenas y en los demás pueblos de la Grecia. Pero apartemos la vista de sus abominaciones y dirigiéndola á otros paises, veamos si el linage humano es menos infeliz y corrompido. Inútil empeño por cierto puesto que del Oriente al Occidente apenas se advierte más diferencia en este particular, que el mayor ó menor refinamiento en sus goces. Los vicios de allí se inoculan aquí y Roma se saborea torpemente en ellos. Admite el infando lenocinio, es feroz y bárbara en la concesion de autoridad á padres, maridos y acreedores, no se conmueve al triste espectáculo de millares de seres racionales á quienes degrada y aflige, bajo la férrea coyunda de la esclavitud. Ni estas ni otras monstruosidades son hijas de vulgares preocupaciones de los pueblos, sino más bien las convicciones de los grandes filósofos que remontando el vuelo de su inteligencia en algunos puntos hasta una altura que asombra, se precipitan de repente en un abismo de ignorancia en otros. Preguntemos á estos grandes ingenios ¿cuántos Dioses hay? ¿En qué consiste la felicidad del hombre? ¿Cuál es su destino? ¿Para qué ha nacido? Dudas y disputas interminables y absurdas serán sus respuestas, y no parece posible que un niño cristiano sepa, como en realidad sabe, en la principal de las

materias, incomparablemente más, que Solón y Licurgo, Aristóteles y Ciceron. Tan cierto es que el hombre era un misterio para sí mismo, y que las verdades de mayor interés para él, le eran de todo punto desconocidas antes de la divina enseñanza. En vano buscaremos adelantos de mérito en tiempos más recientes. El siglo mismo de oro es de escoria para la verdadera moral y sabiduría; Roma pagana lo corrompe todo, y el mundo que domina recibe de ella sus vicios y depravacion. Espanta ver á cada paso canonizados los excesos más detestables y la mal llamada religion cubriendo con delirante hipocresia tales abominaciones. Venus, Adonis, Priapo, y cien y cien Deidades más, son adoradas y festejadas con inmundos y crueles sacrificios, y los espectáculos, teatros y circos, vienen á poner el sello á tanta degradacion y crueldad. Esto es una noche tenebrosa que cobija bajo su negro manto toda suerte de delitos y delincuentes. La sociedad se siente herida de muerte, y tan críticos momentos son los que ponen término al mundo antiguo y dan principio al nuevo.

Llegaron por fin los dias más suspirados. El Cielo baja á la tierra para que esta suba al Cielo: Ya se vislumbra la reparacion del género humano. Un hombre inspirado, eco de tantos como le habían precedido, dirigía á lo alto poco ha, los más fervientes votos, en favor de la humanidad. Desde las felices montañas de Judea que habían visto la aurora, pedía se dignase ilustrar á los míseros mortales que estaban sentados sobre tinieblas y sombras de muerte. Otro más venturoso desde el gran templo afirma poco despues, estasiado, que sus ojos han visto la salud de Dios que es luz para las gentes. El Sol de justicia nace, alumbrá, y fecunda al orbe entero, en el cual se oyen luego doctrinas, que no solo son poderosas para hacer al hombre dichoso en la eternidad, sí que tambien en el tiempo. El rico y el pobre, el señor y el esclavo son hijos de un mismo Dios: todos son hermanos y el mundo segun los principios bajados del Cielo debe ser una sola familia. «Del seno

del fanatismo más furioso, sale la más sublime filosofía, y la sencillez de las virtudes más heróicas honra al pueblo más vil del universo». (1) La antigüedad con sus inveteradas preocupaciones es condenada, y su frente se cubre de ignominia; el error cede su puesto á la verdad, los ídolos caen, las pasiones innobles no se divinizan y cada cosa es llamada ya por su verdadero nombre, en una palabra la dignidad del hombre y la lucha de su naturaleza están ya descifradas. El mundo se pasma, el Evangelio se anuncia á Judíos y luego á Gentiles, los prodigios menudean, y los mortales van conociendo que no es el simple filósofo, sino su gran Dios, quien les habla y brinda con incomprensibles bienes. En estos primeros pasos ya sorprende al observador un espectáculo magnífico y lleno de interés, cual es la Iglesia que de luego á luego se levanta en Jerusalem. Esta Ciudad misteriosa cuyo nombre va enlazado con tantos y tan sublimes recuerdos en lo antiguo y en lo nuevo, parece destinada para ofrecer al mundo el prototipo del cristianismo: Iglesia que no tiene infancia, porque desde su nacimiento se nos presenta adulta y con formas colosales. En ella segun el sagrado texto solo hay un corazón, una alma; y es porque preside la caridad recién bajada del Cielo y en derredor de su brillante trono campean las demás virtudes. Esta es la ocasión de invitar á los sábios más concienzudos de la antigüedad para que nos digan, por qué brota aquí espontáneamente y con tan ópimos frutos, aquel árbol, que ellos inutilmente se esforzaron en aclimatar en los países sujetos á sus influencias. Mas nada nos dirán, nada pueden decirnos. Ignoran que las virtudes admirables de esta sociedad, son dones del Cielo, y no la obra mezquina de la filosofía que solo puede ofrecer informes remedos... En los demás puntos crece milagrosamente el número de

(1) Rousseau Emil. lib. 4. Esto y mucho más dice en elogio del Evangelio el filósofo Ginebrino en uno de aquellos felices intervalos, que su frenesí habitual le dejó libre, para gloria del Cristianismo y confusión de los incrédulos.

creyentes y se organizan en juntas. Su vida es un portento, y en medio de una sociedad que despide por do quiera los hálitos pestilentes de las pasiones más asquerosas, los cristianos exhalan por todas partes mediante las virtudes que practican el olor de suavidad. Tanta dicha entre los mortales escita el encono del enemigo del género humano, y agitando á los suyos en breve levanta la más cruel persecucion contra los discípulos de la Cruz, contra los hombres más probos é inofensivos de la tierra. Todos los tormentos se ponen en juego y los jefes y ministros del Imperio no parecen hombres sino genios infernales. Pero todo en vano. Los martirios se admiten, y á veces aun se provocan con santo reto, por personas de toda condicion, edad, y sexo. La sangre que se vierte á torrentes es una semilla fecundísima que hace brotar nuevos atletas para la lid. La verdad por fin triunfa. ¡Nuevo género de victoria vencer muriendo! Los Emperadores se glorían ya de ser hijos de la Iglesia y ésta respira despues de tan feroz carnicería. Entonces se deja ver en medio del mundo no como naciente ni ajada, sino con tal aire de majestad que se diría ser el fruto de muchos siglos de existencia pacífica y holgada. Sus sagrados dogmas, su moral sublime, su sábia y atinada economía, todo parece llevar aquel sello augusto que solo el tiempo suele conceder á las grandes instituciones. Los hombres con fé reconocen que ella es el hecho más fecundo para regenerar la sociedad. Desde estos instantes todo lo grande va á recibir inspiraciones de la Iglesia y los Emperadores dan entrada en sus leyes á la dulzura y equidad del Evangelio. Hombres insignes en talentos y virtudes la ilustran, recibiendo ellos á la vez ilustracion de aquella que es la maestra del mundo. Dichoso este una y mil veces, si se hubiera aprovechado constantemente de tan sublime filosofía. Solo por su ignorancia y fatal desprecio es el hombre infeliz y aparecen manchadas con sangre tantas páginas de la historia. Pero nosotros á quienes toca vivir despues de tantos desengaños, no debemos desaprovechar lecciones que una experiencia asaz funesta nos ha legado. En

un siglo descontentadizo, y en que todo lo que sale de la mano del hombre parece estar ya gastado, solo esta divina institucion siempre antigua y siempre nueva por su celestial fecundidad, es la única que puede reanimar el cadáver de la sociedad. Hombres notables por su saber y prevision temieron el porvenir, y se asustaron al contemplar el pauperismo y degradacion de las masas. Estas y aquel eran su pesadilla. Fraternidad se dijo en vez de caridad. Si se pide el remedio para el mundo á la sola filosofía en vano se espera, pídase al Evangelio y acéptese de buena fé con todas sus consecuencias y el mundo se habrá salvado. Caridad dijo Jesucristo porque él solo podía pronunciar esta palabra de vida para el género humano, y solamente con su divino auxilio, dentro de su santa Iglesia será una verdad.

¿De quiénes se valió el Salvador para restaurar al mundo por medio de su divina Ley? Este es uno de los mayores prodigios. De doce pobres hombres oscuros, sin doctrina, armas, ni prestigio. Pero la mision es Divina y el Omnipotente les habilita, auxilia y garantiza su éxito. Ellos hacen resonar por todos los ángulos del orbe, el eco de su admirable predicacion, que postra y confunde la sabiduría pagana, arrancando del corazon del hombre carnal sus más caras afecciones, para trasformarlo de una manera prodigiosa. El milagro se realiza y el mundo queda evangelizado. Por estos padres se le dan hijos á quienes constituye Príncipes sobre toda la tierra. No queda ella abandonada, porque no ve á Pedro, ni á Pablo, ni á los demás que la fundaron, puesto que se levanta en su lugar una generacion robusta y vigorosa en espíritu, á propósito para llenar el vacío que aquellos dejan. Tales son los Obispos que, unidos con santos vínculos al Sucesor de Pedro, para quien son ovejas aunque respecto de los demás sean pastores, forman el núcleo prodigioso que ha de sostener esta santa sociedad y dirigirla á su eterno destino. Ellos se ven por todas partes derramar á manos llenas los inmensos beneficios de la Religion y marchan intrépidos al través de los siglos orladas sus sienas de gloria é inmortalidad.

No se ha presentado jamás institucion más amiga de los hombres, ni que mejores títulos pueda presentar á la gratitud de los pueblos. Estos generalmente le han hecho justicia, depositando una confianza ilimitada en sus Prelados, aclamándoles Padres, Maestros, Jueces y su segunda providencia. Y siendo muy cierto que los Obispos españoles han sabido sostener con la mayor dignidad tan sublimes dictados por sus esclarecidos servicios, no quiero desaprovechar esta solemne ocasion de pagar el debido tributo de veneracion á la gloriosa memoria de nuestros Padres en la fè.

Puesta felizmente España desde un principio bajo la proteccion de la Virgen Santísima, la inician en la religion los santos Apóstoles Santiago y San Pablo, llevando muy adelante esta obra los discípulos del primero. Estos son de quienes afirma San Gregorio VII en carta á los excelsos reyes D. Alfonso y D. Sancho, que fundaron la cristiandad, destruyendo la idolatría y enseñando el orden y oficio para el culto. ¿Sabeis lo que es fundar la cristiandad? Es haber derramado con admirable profusion sobre nuestro patrio suelo, toda especie de gracias y favores celestiales, que contiene y comunica aquella santa ley. Es haberle dado la verdadera libertad sacándole de la esclavitud del demonio. Es haber difundido en él, la verdadera luz é ilustracion, porque luz es, el Evangelio y muy brillante en verdad como se le denomina en los libros santos, y tan repetidamente, porque sabía bien el espíritu divino á cuántos debía fascinar esta palabra. ¿Habeis meditado lo que es destruir la idolatría? Es haber levantado al hombre de la abyeccion más vil, porque ¿quién no derrama lágrimas á torrentes al contemplar una criatura de tanta dignidad como el hombre, hecha á imágen de Dios, prosternada ante un ídolo? Es haber quitado el mayor padron de ignominia de nuestra España teatro de tantas abominaciones como llevaban consigo los supersticiosos delirios á que estaban entregados sus habitantes. ¿Entendeis lo que es ordenar el culto? Es disponer la admirable economía litúrgica que eleva al hombre hasta el cielo y

enseñándole el sagrado é inefable comercio con su Dios, le vá aproximando cada vez más á un fin dichoso y bienaventurado. Formada de esta suerte la Iglesia de España por tan santos Obispos y fecundada con su sangre preciosa, creció y se multiplicó como se deduce de San Ireneo, Tertuliano y otros escritores de los primeros tiempos. Ciertamente admira el ver tantos Obispos apenas principiado el siglo IV ilustrarla desde Elvira con tan excelentes doctrinas y reglamentos que acogen con aplauso otras Iglesias. ¿Sabeis quién formaba parte de tan augusta asamblea? El grande Osio Obispo de Córdoba... Este insigne varon que lleva su elogio en el mismo nombre supo ganar al emperador Constantino para la religion, fué su confianza y la de los Papas, y figura en los grandes acontecimientos que tuvieron lugar en el mundo durante su prodigiosa longevidad. Mientras esto acontecía la Divina Providencia preparaba un suceso tan colosal que iba á cambiar la faz del mundo. El imperio romano tocaba por estos paises á su término, pronto había de sonar la hora para desaparecer de una tierra que tenía manchada con tantos delitos, y la Religion y la humanidad habían de quedar vengadas de sus nefandos desafueros. Unos hombres atléticos avanzan, pelean y vencen la impotente resistencia de los romanos, muelles y afeminados por sus vicios. Despues de sembrar el luto y desolacion por otras tierras penetran á las nuestras. ¡Triste situacion en verdad la de los Obispos! Pero su causa es la de Dios, su mision es la de socorrer á la humanidad y con la virtud que se les comunica de lo alto se muestran en esta crisis gravísima muy dignos de su nombre y vocacion. El alma grande de Agustino de Hipona oprimida y agoviada por las catástrofes que vé y por las que presiente, parece dilatarse algun tanto al contemplar á los Obispos de España en momentos tan azarosos. Su comportamiento en ellos, merece los elogios de tan sábio y santo Prelado que los presenta como modelos á sus colegas de Africa. Puestos nuestros Obispos en este nuevo palenque no cejan, antes bien se les ve redoblar los esfuerzos. Su accion benéfica,

su virtud llena de atractivo y la suavidad del Evangelio que anuncian, van templando y amansando la ferocidad de los nuevos pueblos. La autoridad suprema de ellos parece dirigirles una mirada tolerante, y los Obispos la comprenden y aprovechan con sagacidad. Congregados en Tarragona, Gerona, Toledo, Lérida y otros varios puntos en el nombre del Espíritu Santo arreglan las Iglesias con admirable acierto. Estaba allí el dedo de Dios, y solo así se concibe que unos hombres como estos, formados en medio de las revueltas continuas de aquellos tiempos, fuesen capaces de tanto saber y tanta prudencia como en sus disposiciones se descubre. ¡Qué espectáculo tan magnífico y sublime para el observador juicioso é imparcial! Unos reyes de bronce imbuidos en los errores del Arrianismo, miran sin recelo ni suspicacia á los Obispos Católicos que promueven los intereses de la Iglesia, bajo de todos conceptos. ¿Y de qué tratan? Todavía sorprende más esta consideracion. De la reforma del Monacato, pues los prelados españoles sabían bien, que este árbol espontáneamente nacido del Evangelio, y hallado naturalmente en donde este echa raices, corresponde siempre con ópimos frutos á su buen cultivo. Así con sábia prevision procuraban sacar todas las ventajas posibles de unas asociaciones naciéntes que encerraban un prodigioso porvenir, y que más adelante habían de ser otros tantos asilos para la virtud y el saber. Trataban tambien sin otras varias cosas de la reforma del clero tan indispensable en todos tiempos, y de la adjudicacion de los predios que poseían las Iglesias en favor de ciertos clérigos. Así iban preparando los hombres y las cosas hasta dar por resultado el dia más glorioso para España, en el cual un rey apóstol á la vez hace pública profesion de fé con los suyos en el más augusto y solemne concilio. Desde entonces ambas autoridades unidas con los sagrados vínculos de la Religion marchan acordes con laudable armonía. Los Obispos tienen un campo más dilatado que recorrer; y tanto la sabiduría como las virtudes cristianas van inoculándose en un pueblo que proclama

à la faz del mundo la verdadera Religion. El trono se vé rodeado de Prelados que ejercen una influencia saludable y benéfica. Las máximas consoladoras del Dios de todo hombre van convirtiéndose en una verdad para el pobre y desvalido. El magistrado y funcionario público no osarán ya esplotar la justicia en su provecho ni harán traicion á sus deberes, porque el Obispo con ojo penetrante acecha sus pasos, y si son tortuosos, despues de una prudente amonestacion los denuncia al rey. Hasta este mismo, aunque colocado en una region á la que por desgracia solo suele subir incienso, oye del Episcopado español, que su oficio es gobernar con rectitud y que teniendo por objeto su autoridad el bien del pueblo abusa de ella si la emplea en su daño. Los Leandros, Isidoros y otros Prelados insignes por su virtud y saber tienen la parte más principal en el código de leyes superior á todos los de su tiempo. Por fin dígalo de una vez no un Obispo sino un hombre político. «Lejos de emplear los Prelados en utilidad propia y de su cuerpo la influencia política que ejercían, los anales del mundo no ofrecen el ejemplo de un clero más virtuoso y severo en las costumbres y máximas evangélicas, ni que haya defendido con mayor celo la causa de la justicia y de los pueblos» (1). Pasado este periodo con la rapidez del rayo, la espada de la indignacion divina descarga sobre España casi descatólizada por los últimos reinados. Los diques saludables puestos por la Religion se rompen con audacia, un diluvio de pecados inunda la tierra de la piedad y atrae sobre ella otro diluvio de castigos. Hombres sin Dios y sin ley la invaden y dominan, el hierro y el fuego son su primera y última razon y al antiguo habitante no le queda otra alternativa que esperar la suerte que la Providencia le depare en manos de tan feroz adversario, ó emigrar á un rincon del territorio. De allí sale la chispa que ha de poner en combustion al pais.

(1) Sr. Gonzalo Moron, curso de historia etc. tom. 1.º p. 193.

Aquel noble Pelayo que poco há corría con el Prelado de Toledo, á buscar asilo entre las escarpadas rocas de Asturias, es quien la saca de un pecho en el que arde la llama del más puro patriotismo. Por la Religion é independendia cuyos fueros hollaran los sarracenos con inmunda planta se hacen prodigios de valor. Cada español es un héroe y cada batalla un triunfo. Allí está Dios de un modo visible y de otra suerte no se explicará jamás este periodo de nuestra historia. Los Obispos influyen poderosamente y no les impide la reorganizacion religiosa del pais que se reconquista á contribuir á la multiplicacion de las glorias de la causa nacional. Al lado del Rey se les halla en los trances más arriesgados á compartir el peligro, y fuera de ellos á dar impulso y direccion á los asuntos de Gobierno. Así es como al través de siglos turbulentos en que la guerra parecía absorverlo todo, los Prelados procuran las sólidas mejoras del pais moralizando los pueblos y suavizando con mil ingeniosas trazas sus hábitos é inclinaciones aviesas. Yo ruego á los hombres de juicio que vuelvan la vista hacia aquella época; pues de otro modo no se comprende bien el mérito de las cosas. Ciertamente no podía darse mayor consuelo á la humanidad, ni prestarse mejor servicio á la pátria, que proclamar á la faz del mundo los derechos de la razon y de la justicia invocando el nombre augusto de la Religion, único principio acatado y poderoso entre los pueblos. Pues esto es lo que puntualmente se ve hacer á los Obispos cuando se les contempla tan solícitos aquí y allí, ora intimando la tregua de Dios, ora afirmando que se congregan para procurar la seguridad de las personas y propiedades, represion de delitos y otras tales cosas. Cuando favorecidos por las circunstancias pudieron obrar en más extensa escala, cobró nuevos bríos su celo, dirigiéndose hácia otros objetos. La instruccion que principalmente se daba á la sombra de las catedrales se fué dilatando y popularizando, pues entre los Obispos de España no solo existían medianías, sino

tambien hombres que todavía son admirados como los Tostados, Cisneros y otros que fueron lentamente preparando nuestro famoso siglo XVI. En verdad que no se improvisa la crecida y respetuosa falange de sábios españoles de primer orden que aparecen en el concilio Tridentino, en quienes una sólida virtud embellece los más profundos conocimientos en todos los ramos del saber humano. Tributemos de paso el homenaje de nuestra admiracion al grande Obispo de Lérida, Antonio Agustín, para quien es corto todo elogio. En el nuevo periodo que viene á enlazarse con los tiempos modernos, yo no describiré las glorias del Episcopado Español por no ser de este lugar tan vasta empresa, solo os diré que lo preguntéis á toda clase de establecimientos humanitarios y ellos os dirán su acendrada caridad, que leáis cuidadosamente las inscripciones de los mármoles destinados á perpetuar la memoria de las grandes obras dignas de ella, y de nuestra admiracion, y vereis qué numen las inspira, qué clase las crea, fomenta ó dirige. El Obispo, clero, en una palabra la Religion, porque todo lo que se coloca bajo sus auspicios prospera y dura.

Pues bien: Los Obispos recién creados, llenos de una santa emulacion van ocupando las sillas gloriosas por tantos y tan sublimes recuerdos. Llor eterno al Dios de las misericordias de quien viene todo bien. Gracias á nuestra augusta Reina que Dios prospere y guarde en su santo servicio, para que sigiendo las huellas de la primera Isabel, sea su nombre doblemente célebre en los fastos de la Religion y de la pátria. Gracias á nuestro santo Padre, á su benemérito Delegado, y á cuantos han influido en esta obra inmortal. Bendígala el Señor y corónela para su gloria y salvación de España... Considerad ahora hermanos míos en Jesucristo si es de poco momento el favor que nos dispensa hoy el Cielo. ¡Tantos Prelados á la vez! ¡Oh España si comprendieras bien el don de Dios y supieras debidamente apreciarlo! ¿Qué otro pueblo del mundo te se podría comparar? Acuérdate de tus antiguas

glorias y del principio y causa á que las debes... Mas, ¿qué significa, me direis, este acontecimiento? Para los hombres del ciego acaso, nada... Pero dejemos á estos seres miserables que vejeten; para los que todo lo explican por combinaciones políticas, poca cosa, porque todo es de acá bajo, pero para los verdaderos filósofos que son los fieles de la Providencia muchísimo... Esto significa que Dios nuestro Señor en su infinita misericordia no abandona á España, antes bien quiere que sea ella su pueblo, y ser él su único Dios, para remediar sus males y colmarla de bendiciones. Aquí no se han escaseado los medios para combatir las creencias verdaderas que hicieron felices á nuestros padres, aquí se han esparcido con profusion folletos destinados á propagar el veneno de los más perniciosos errores, aquí se ha pretendido inocular el protestantismo como si un soplo de aire mortífero pudiera vivificar á este mónstruo de cien cabezas que está agonizando, pero todo en vano merced á una especial providencia de Dios. Es cierto que una mano augusta en dias aciagos cortó el hilo de nefandos proyectos, lo es igualmente que Prelados y escritores celosos han cooperado á mantener ilesa la pureza de la fe española, mas, si somos ingenuos debemos confesar que todo esto, aunque muy laudable por cierto, hubiera sido impotente para contener los arranques impetuosos del error, y poner coto á sus demasías. Hay pues á no dudar un rasgo de misericordia extraordinaria en la conservacion de la fe en España, digno por cierto de una especial gratitud hácia nuestro buen Dios. Así es como se concibe, porque el sentimiento religioso vive aquí, porque, el corazon de los españoles es cristiano, porque, cada entrada de Prelado en su diócesis es una verdadera ovacion, que apenas tiene en la historia cosa alguna que se le pueda comparar. No se nos oculta y lo decimos con el más profundo dolor, que hay algunos que han hecho defeccion, pero son muy contados: y si rogamos por ellos de veras al Señor indudablemente volverán en

si. Hijos de unos padres que hubieran sacrificado mil vidas antes que abandonar la fè, no pueden hacer por mucho tiempo traicion à la sangre que circula por sus venas. Contemos además que los bienaventurados autores de sus dias estarán rogando sin cesar por ellos al Señor, y en breve tendremos el inefable consuelo de congratularnos por su conversion, y formaremos todos un solo cuerpo y una sola familia en Jesucristo. En medio de esta dulce satisfaccion que presiento, no deja de acibararme el aspecto del mundo cristiano cuya imàgen aparece hoy sumamente desfigurada y monstruosa por los grandes descalabros que ha sufrido la moral. Pero esto nos impone el deber de trabajar todos de consuno para la restauracion de las buenas costumbres, y Dios bendecirá nuestros esfuerzos. No hay que dudarlo, porque nos está dando de ello una prenda inestimable en la nueva creacion de Obispos. Ellos son sucesores de aquellos hombres de Dios que con su auxilio renovaron la faz de la tierra, y de una sentina de vicios y disolucion la convirtieron en dulce morada de virtud, justicia y honestidad. La mision de nuestros Prelados es la de los Apóstoles, idénticas sus doctrinas. ¿Y por qué desconfiar de la misericordia divina? Si ellos hicieron resonar por todos los ángulos de una tierra corrompida por el crimen, palabras poderosas que nunca se pronuncian sin la más profunda emocion, yo, el más indigno de sus sucesores tambien à mi vez las voy à tomar en boca... Amados hermanos mios. Pasó ya la noche fatal de la ignorancia, de la incredulidad y del crimen, y ha lucido la bella aurora de la celestial sabiduría, de la fè y de la virtud. Desechemos pues con santa decision las obras de tinieblas que solo puede consentir un brutal libertinaje, y toda nuestra conducta sea de luz, y tan pura que mirada al través de ella, merezca su abono. Acordémonos siempre de la nobleza de nuestra condicion y de la excelencia de nuestros destinos desde que nos hemos incorporado con Jesucristo, y sean nuestras delicias pasar con él y segun él los cortos dias de nuestra

peregrinacion sobre la tierra. En el cielo nos espera para completar nuestra dicha y coronarnos de gloria. Dejemos para el desgraciado que no espera nuestro porvenir el que se envilezca y degrade con los mentidos placeres del mundo, que nosotros no hemos nacido para pasar la vida bajo la tiranía del vicio, siendo el juguete de mil y mil caprichosas pasiones... Apareció la gracia de nuestro adorable Salvador, y su Divina enseñanza nos instruye y prescribe, que abandonemos la impiedad y los vanos deseos de un mundo corrompido y que seamos sóbrios, piadosos y justos. Nada hay en el miserable sistema de los impíos que no sea digno de la más alta reprobacion. Sus doctrinas llenas de ferocidad y barbarie se refutan por sí mismas, y las sociedades tiemblan y se estremecen al considerar sus resultados, no pudiendo menos de reconocer que en sola la religion de Jesucristo está cifrada su ventura.

Y ¿quién puede dudarlo? El Profeta Ezequiel como mensajero del Señor anuncia de su parte con énfasis misteriosa cosas tan grandes para los buenos, que no caben en nuestro entendimiento ni puede tan siquiera bosquejarlas la pluma. ¿Qué no se encierra en aquellas breves palabras «decid al justo que bien?» Esto solo Dios puede expresarlo porque solo á su infinita sabiduría es dado comprenderlo. Si una sola vez el Padre de las misericordias se hubiera dignado hablar así al virtuoso, bien pudiera dilatar su corazon, pues esto sería más que suficiente para inspirarle una completa seguridad, de que nada podría faltar á quien de veras le sirve, y que todo, todo había de cooperar á su bien. Pero no es cosa de una sola vez, sino que conociendo la infinita bondad de Dios cuán grande es la miseria del hombre, y á fin de alentarle en su santo servicio ha dicho tales y tantas cosas en favor de los que le aman, que todas las sagradas páginas se hallan atestadas de magníficas promesas y seguridades en favor de los suyos. El espíritu de sabiduría como de propósito parece haberse complacido en presentar bajo

de mil asombrosas figuras y maneras los premios y galardones con que los justos han de ser retribuidos, la solicitud paternal con que son conducidos como por la mano de su más amoroso padre entre los escollos de un mundo prevaricador, y la pintura que se hace del porte de Dios con ellos, se halla animada de tan vivos coloridos, que sobrepuja todos los rasgos de la elocuencia humana. En el libro del Deuteronomio cap. XXVIII. promete el Señor á los guardadores de su ley tantos bienes, y les colma de tales bendiciones que parece un Dios dadivoso agotar los tesoros de su liberalidad. ¿Quién no se entusiasma y enciende en el divino amor al oír de boca de la Verdad por esencia «si observas mi ley te haré superior á toda gente, te bendeciré en la ciudad, en el campo, en tus cosechas, en tus empresas todas?» Pues si esto y mucho más se prometía á un pueblo esclavo, ¿qué será á nosotros libres y mimados de Dios? Si así se hablaba á la sombra y figura ¿qué será á la realidad? ¿Qué podrá faltar al pueblo cristiano á quien con Jesucristo le ha sido dada toda suerte de bienes? En verdad mayores y más pingües son, los que prodiga y ofrece la infinita generosidad de Dios á sus fieles servidores, y tales que ni ojos vieron ni oídos oyeron, ni corazón humano acertó á desear. Y no se imagine por esto que ricos y pagados con tales tesoros, han de quedar privados de los terrenos, porque en esta prodigiosa dispensacion brilla de un modo todo Divino la economía celestial que los concede á los suyos, con la tasa y medida conveniente á su salvacion, lo que debe reputarse como el mayor de los beneficios. Buscad pues el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará como por añadidura. Pero si ingratos á los divinos favores profanais la ley del Señor, sus castigos y maldiciones menudearán sobre vosotros. ¿Quién no se horroriza leyendo en el Deuteronomio el fallo terrible contra los malos que desprecian y violan la ley de Dios? Maldito será, segun él, en la ciudad y en el campo, maldito el fruto de su vientre y el

de su hacienda, maldito en todas sus acciones desde el principio hasta el fin de ellas. Y no hay que hacerse ilusiones, ni buscar efugios, imaginando que estos y otros terribles castigos fulminados por la ira de Dios contra los malos, solo se refieren al pueblo judáico, porque comprenden á todos los pueblos que teniendo la inestimable dicha de poseer la divina ley, la menosprecian y quebrantan. Indicios son y muy ligera muestra tales castigos, de los que tiene el Señor reservados para la eternidad, y hace ahora sentir aquellos para que con santo temor evitemos estos. Fijos están los ojos del Señor sobre el reino que peca para castigarle y aun destruirle si no lo procura evitar con la enmienda. Los pecados son causa de todos los desastres que lamentan los pueblos. Siendo esto así, entre ahora cada uno de nosotros en juicio consigo mismo, meta la mano en su seno y en verdad que la sacará llena de lepra. ¿Qué ha hecho Dios con nosotros, cómo se ha portado, cómo le hemos correspondido? ¡Qué confusión! ¡Qué cargos! Esto es por desgracia demasiado notorio y habiendo señales de que la paciencia Divina va tocando á su término, temblemos por nuestra suerte y no salgamos fuera de nosotros mismos á buscar la causa de nuestras aflicciones y desgracias. Nuestros pecados son los que han provocado la ira de Dios, y el único medio para desarmarla, es reconciliarnos y volver á Dios. Él nos convida de una manera la más tierna y misericordiosa y no permita el Señor que tantos Jonases como ahora envía á nuestro país sean desoidos y desairados.

.....
Tambien os debo dos palabras á vosotras, Virgenes del Señor, que arrebatáis el afecto y admiración de todos los buenos. Un filósofo insigne que fué despues un santo Obispo, os llamó la porcion más ilustre de la grey del Señor, y juntando yo á él mi débil voto, espero que jamás habeis de desmentir tan sublime como justo dictado. Vuestras oraciones que por tan poderosas han estimado, sábios y santos Pontífices antiguos

y modernos, se redoblen ahora que tanto lo necesitamos, y haciendo una santa violencia al cielo, le desarmen y vuelvan propicio para nuestra tierra.

.....
Por último, fieles míos, á todos en general y á cada uno en particular os suplico por lo más grande que hay en el cielo y en la tierra que os ameís mutuamente. Este será mi tema favorito porque es la suma de nuestra santa ley y por ello lo he adoptado en el escudo de mis armas. Yo lo repetiré sin cesar y esta gloriosa enseña levantaré en medio de vosotros porque tengo un grande maestro á quien imitar. Y ¿por qué siempre lo mismo le preguntaron sus discípulos en cierta ocasión? Porque es el precepto del Señor y cumplido basta. Respuesta digna de quien reclinado sobre el pecho de Jesus había bebido la sabiduría celestial sin tasa. Este es mi mandamiento que os ameís como yo os he amado. Tal es el tronco robusto del arbol de vida eterna del que son como ramas los demás preceptos. Amor, dijo Dios, y lo llevó al extremo de entregar á su unigénito hijo á la muerte, y muerte de cruz, por el que tuvo al hombre. Dichoso este, la familia y sociedad que observa semejante evangelio abreviado al que está vinculada la felicidad eterna y temporal; ciertamente no puede concebirse ni decirse cosa más grande, que Dios es caridad, y el que permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él. Y con la invocacion de la Beatísima Trinidad y para su mayor gloria y salvacion vuestra, os doy mi bendicion deseando ardientemente venga sobre todos vosotros la del Padre y el Hijo y el Espiritu Santo. Dada en nuestro Palacio Episcopal de la Ciudad de Lérida á los cuatro dias del mes de Mayo del año mil ochocientos cuarenta y ocho.

JOSÉ DOMINGO, OBISPO DE LÉRIDA.

Por mandado de S. S. Ilma. el Obispo mi Señor.

Antonio Portella.

Presbítero, Secretario Interino.

Cuantas veces he leído V. H. y A. H. este precioso documento me ha causado admiración y respeto. Ahora que lo he vuelto á leer y meditado de otra manera, me ha llenado de asombro la erudición que rebosa, y el clasicismo que se descubre en su forma y en su fondo. Por esto movido de una secreta inspiración me ha parecido que haría una cosa grata á vuestros corazones presentándoos este retrato moral del distinguido Prelado que descubrió su talento en esta obra acabada.

Mejor le conoceréis por ella que por el grabado que la acompaña, porque sus facciones han perdido la gallardía juvenil que todavía ostentaba cuando ciñó sus sienes con la mitra del célebre D. Antonio Agustín su antecesor sapientísimo. Bien se dejan ver en esa faz demacrada las huellas del pontificado de Barcelona donde sufrió tanto por parte de los revolucionarios en el infausto bienio, como enérgicamente manifestó en su protesta al Ministro de Gracia y Justicia y que cual inmarcesible lauro de su corona he reproducido antes de su rúbrica, para perpétua memoria.

Ya lo veis, el inmortal Costa y Borrás nos enseña á todos lo que debemos hacer para cumplir bien nuestras obligaciones, en esta Pastoral tan oportuna que parece dictada para las presentes circunstancias. Así he creído corresponder á los benévolos sentimientos que tanto las dignísimas autoridades como un considerable número de personas de todas clases, se han dignado manifestarme al saber mi presentación para ocupar esta Sede episcopal.

Todos evocan el recuerdo de este celosísimo apóstol é ilustre Prelado á quien se miraba en sus días como el centinela avanzado de Israel, cuya autoridad era tan respetada, que algunas de sus Pastorales están suscritas «en señal de aprobación y conformidad» por su Metropolitano y todos los demás sufragáneos de esta Provincia eclesiástica.

Os conjuro, pues, por esta para mí tan cariñosa memoria, que me ayudeis á fin de que si no dejo como él un nombre immaculado, á lo menos no impida la acción de la divina gracia, ya que á ella y solo á ella debo todo lo que soy. Postrado en espíritu ante el monumento fúnebre do en aciago día fué enterrado su cadáver amortajado por la misma mano que os escribe esta carta, os traigo de allí su escudo, no para envanecerme con él, sino para que me recuerde sus virtudes. Y contemplándolo con respeto, leo una y otra vez ese lema tan significativo que ha de ser el lazo de unión entre el Obispo y todos los fieles.

Diliges; sí, amarás á tu Dios con todas tus fuerzas y al prójimo como á tí mismo por amor de Dios. Emblema de fortaleza fué el escudo que D. Jaime el Conquistador dió á su esforzado capitán Costa, por señalada victoria contra los moros. El invicto campeón

que había de arrollar á los revolucionarios de nuestra época, bien merecía reproducirlo en el suyo, con el Dulcísimo Nombre de María y las heróicas barras de Aragon. Vuestro nuevo Obispo no debía alterar tan históricos blasones; solo era necesario enaltecerlos con la idea que en el siglo presente lo avasalla todo: la devocion al Corazon de Jesus, inspirada á la sociedad actual para cumplir el divino mandamiento del amor. Por esto he añadido el emblema que tan bien la simboliza y con su inspiracion y su gracia pienso cumplir los solemnes juramentos, que he hecho, y consagrarme enteramente á salvar vuestras almas con la mia.

Esto es lo que me encarga nuestro Santísimo Padre Leon XIII en las Bulas con que me ha honrado al preconizarme para esta diócesis. En las que me dirige personalmente dice: «que me constituye Obispo y Pastor entregándome plenamente el cuidado, régimen y administracion de esta Santa Iglesia en lo espiritual y temporal, confiando en Aquel que da las gracias y otorga los premios que dirigiendo el Señor mis actos, esta Santa Iglesia será regida útil y prósperamente bajo un feliz gobierno y adquirirá tanto en lo espiritual como en lo temporal plausibles incrementos. Tomando con diligente solicitud, añade el Padre Santo, el yugo del Señor impuesto sobre tus hombros, procura ejercer el pasto espiritual y administracion de la Iglesia con tal interes, fidelidad y prudencia, que ella pueda gozarse de tener en tí un gobernador pródigo y administrador entendido, y merezcas además de la eterna retribucion de la gloria, abundante bendicion y gracia nuestra y de la Sede Apostólica.» Para que nada obste á la consecucion de estos últimos fines, en otra Bula me concede amplias absoluciones y favores espirituales, á fin de que nada se oponga por parte de mi pequeñez y miseria, á que se cumplan las disposiciones de Su Santidad en debida forma.

En otra dirigida á S. M. la Reina Regente del Reino (q. D. g.) le recuerda «que los Príncipes seculares adquieren el premio de la divina gracia y las más justas alabanzas, si prestan la oportuna cooperacion y debido honor á los prelados de la Iglesia», y haciéndole saber mi nombramiento para la de Lérida, le dice «que es obra de gran virtud ayudar con benignos favores á los Ministros de Dios y venerarlos con palabras y obras por reverencia á la gloria del Rey eterno», y le exhorta á que «por respeto á la Sede Apostólica me auxilie en la conservacion y aumento de las prerogativas episcopales, de modo que pueda con la gracia de Dios y con este apoyo, prosperar y alcanzarle del cielo la salvacion eterna y la gratitud de la Sede Apostólica.»

Finalmente en otra me autoriza para recibir la consagracion episcopal, y me presenta la fórmula del juramento que había de

hacer en manos del Prelado consagrante. Con toda mi alma he renovado la promesa tantas veces hecha de ser obediente y hacer que mis súbditos lo sean á la Santa Sede, añadiendo la de impugnar á los herejes, cismáticos y rebeldes que si bien no existen por fortuna, podrían acaso con tal cual inconsciencia formarse por sorpresa del enemigo maligno, que en gráfica expresion del sapientísimo Leon XIII, divaga por el mundo para perdicion de las almas.

Y á quién podía brindar para este acto mejor que al Excelentísimo é Ilmo. Sr. Dr. D. Benito Sanz y Forés, dignísimo Obispo que fué de Oviedo y Arzobispo de Valladolid, al separarme de la paternal compañía en que he vivido por espacio de 21 años cumplidos recibiendo las más inmerecidas distinciones? Seguramente que habiendo fallecido mi inolvidable bienhechor cuya memoria evoco en este solemne momento, debía hacerlo así, llamando tambien para que me acompañase en el altar, al Excmo. Sr. D. Antonio Bellet, Marqués de Bellet y Mianes, discípulo predilecto de aquel insigne maestro á quien dió igual prueba de piedad y afecto apadrinándole en nombre de la Real Maestranza de Valencia á que pertenece, cuando se consagró para esta misma Sede hace 42 años.

Esta providencial coincidencia ha recibido todavía otro realce que consigno con temor y temblor, únicamente para dar gracias á Dios por ella. Al imponerme la Mitra el Rmo. Sr. Consagrante con los dignísimos Prelados de Zamora y Ciudad-Rodrigo, he sentido una herida en el corazon, y me ha oprimido el anonadamiento. Este ornamento precioso es el mismo que con un expresivo mensaje conservado por mí cuidadosamente, regaló el clero Barcelonés mientras los fieles le presentaban una valiosa pluma de oro, al ilustre proscrito que lloró dos años en las playas de Cartagena las desgracias de la Condal Barcino.

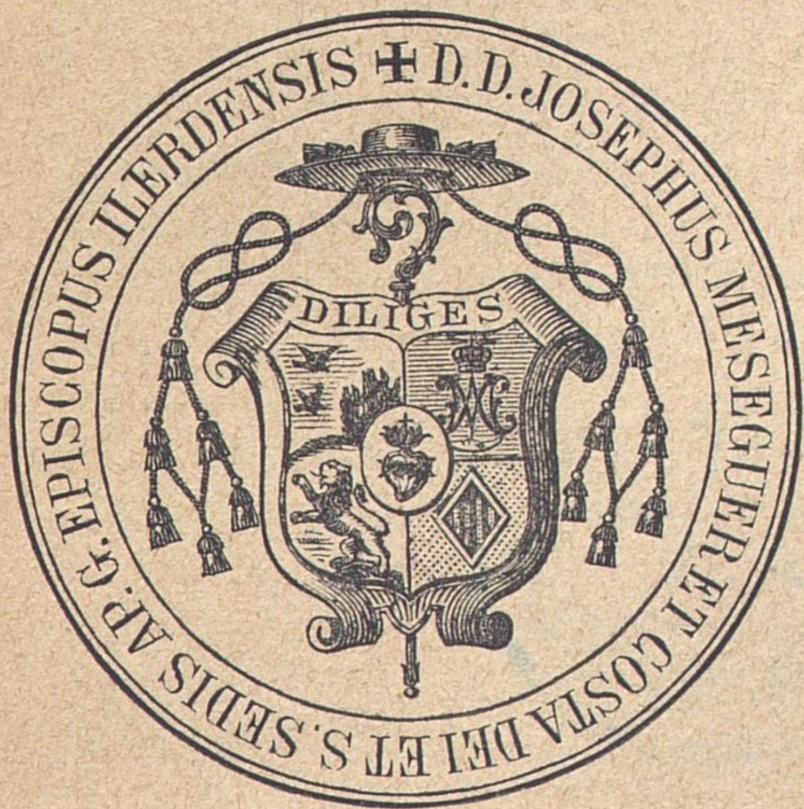
¿No es verdad que á vosotros interesan tambien estos recuerdos? Sí, porque mirais á este indigno Obispo como hijo espiritual de aquel á quien he oido aclamar en esas calles como vuestro Padre, y en esto aludo á una escena que tuvo lugar en vuestra plaza, cuando el Excmo. Sr. Costa y Borrás, visitó esta capital en 1860 con motivo del viaje de la Corte. Un venerable anciano se adelantó de un grupo de payeses y quitándose la clásica barretina gritó: *viva l' nostre pare vell!* avanzándose á besar su anillo, á vista y con gran aplauso del dignísimo Prelado de la diócesis, y de muchas personas entre ellas quien esto escribe.

Esta es mi aspiracion: merecer el cariñoso título de padre y desarrollar mi programa segun las enseñanzas de mis distinguidos maestros.

El Corazon Santísimo de Jesus me conceda esta gracia por intercesion de la Inmaculada Virgen María cuyo culto es tan universal y espléndido en esta Diócesis. Los gloriosos Patronos de ella y de la capital, San Juan Bautista y San Anastasio Mártir, me obtengan mediante las fervorosas oraciones del Clero, religiosos y fieles, los auxilios más eficaces para el cumplimiento de mi espinoso cargo.

Todos humildemente postrados ante el trono de la divina misericordia imploremos la bendicion que de lo íntimo del corazon pido en nombre de Dios Omnipotente, Padre † Hijo † y Espiritu Santo, † al firmar esta carta en el altar donde acabo de recibir la consagracion episcopal en la Santa Iglesia Metropolitana de Valladolid á diez y nueve de Marzo, festividad del glorioso Patriarca San José, del año 1890.

JOSÉ, Obispo de Lérida. P



Por mandado de S. S. I. el Obispo mi Señor,
DR. D. PACIENTE M. MORI,
Canónigo Secretario Accidental.

Los Sres. Párrocos y demás á quienes corresponda darán lectura de esta carta Pastoral en la Misa mayor durante los dias que les dicte su prudente celo, explicando á los fieles sus puntos principales. Además, los de fuera de la capital entregarán con atento oficio, los ejemplares que se les remitirán para los Sres. Alcaldes y Jueces respectivos, y sin oficio los de las personas que tienen otros cargos, cuidando de que se conserve uno en el archivo de cada Asociacion piadosa. Dentro de quince dias los Sres. Arciprestes darán cuenta á la Secretaria de Cámara del exacto cumplimiento de estas disposiciones.



UVA. BHSC. LEG 14-1 n°1090

UVA. BHSC. LEG 14-1 n°1090